

Cuando Viejo en Mi Vejez

Moisés Hernández



Cuando Viejo en Mi Vejez
Moisés Hernández

Capítulo 1

Cuando viejo en mi vejez

Era un día especial, Esteban se miraba en el espejo nervioso. Hoy iba a celebrar su cumpleaños número setenta con su familia. Se acomodaba su boina color café. Vestía un chaleco del mismo tono, camisa de manga larga blanca y un pantalón vestir. Muy temprano había pedido a Juanita, una empleada del lugar, que le ayudara a bolear sus zapatos de piel. Todo listo para la ocasión, nada debía salir mal. Hacía un par de años que el hombre vivía en una casa hogar.

Sus achaques y enfermedades lo habían hecho dependiente, cada vez más, de su hija menor. La incontinenencia lo había obligado a usar pañal, un problema de la próstata. Lamentablemente, llegó un momento que fue necesario que alguien se hiciera cargo de él. Ya no era capaz de recordar que medicamento y a qué hora debía tomarlo. A veces se llegó a caer, en una ocasión hasta una fractura de brazo sufrió. Debido a esto su hija tomó la decisión de llevarlo a ese lugar. Hubo promesas de que cada fin de semana lo irían a visitar; pero fueron promesas que el viento se llevó.

Siempre, en las reuniones, su mayor orgullo era hablar de sus dos hijos: Martín, el mayor, era ejecutivo en una importante empresa en Chicago. Su hija, Paulina, era una brillante administradora en una institución del estado. Ellos dos eran el tema favorito de sus conversaciones en la casa hogar, se hinchaba como pavorreal hablando de sus bendiciones.

Muchas veces despertada por las noches tratando de estrechar la mano de Marina, la mujer que fue su compañera durante casi cincuenta años. Sin embargo, su mano llegaba a la orilla y la encontraba vacía. Entonces una soledad y angustia llenaban su corazón, recordando que ella ya no estaba con él. Perdió al amor de su vida hace unos cinco años debido a un cáncer de ovario.

Meditabundo, se quedaba mirando al techo; iluminado por la tenue luz que se filtraba desde la calle, por la ventana de su cuarto. Recordaba los instantes de felicidad vividos a lo largo de su vida. Ahora solo había añoranza por el pasado. Tuvo una tienda de abarrotes que, con mucho esfuerzo, y siempre con la ayuda de Marina, sacó adelante. Ambos trabajaron duro, con ese pequeño negocio pudieron pagar las brillantes carreras de sus hijos. Laboraron ahí hasta que sus cansados cuerpos no pudieron continuar. Con mucho dolor tuvieron que cerrar, diciéndole adiós al lugar que tantas alegrías les había traído.

Sus hijos gradualmente dejaron de visitarlo. Primero fue Martín, ese flamante trabajo que se consiguió lo fue alejando cada vez más de él. Al principio llamaba una vez al mes, después las llamadas fueron haciéndose

menos frecuentes. Paulina era la única que lo iba a visitar; aunque cada vez menos. Su familia y su trabajo absorbían su tiempo y su energía. Esteban ansiaba ver a Laurita, su nieta de cinco años, una niña dulce y traviesa. Le encantaba jugar con ella y comer pastel; aunque él lo tuviera estrictamente prohibido por su diabetes.

El reloj marcaba las 10:15, de un momento a otro llegarían Martín, su yerno Rodrigo, Paulina y Laurita. Lo llevarían a comer a Sanborns unos exquisitos chiles en Nogada, su platillo favorito. Después pasearían por la Alameda Central, finalmente disfrutarían de una agradable velada escuchando música de mariachi en Garibaldi, donde le tocarían las mañanitas. Sería todo tan especial.

Soñando despierto le dieron las 12:00 del medio día. Ya están tardando, quizás los agarró el tráfico. Aunque en domingo, que él sepa, está muy tranquilo y la ciudad poco concurrida.

Las 14:05 horas, se acerca Juanita para invitarlo a que pase al comedor, con los otros huéspedes, a comer en lo que espera. Él agradece, pero se niega. No quiere llegar con el estómago lleno y perderse los exquisitos platillos.

Sin avisar, el reloj ya marca las 16.10 horas. Comienza a preocuparse. Tantas cosas que se escuchan en las noticias. Finalmente, a eso de las 17:30 horas, alguien le avisa que tiene una llamada de parte de su hija.

—Papá, soy yo Paulina. Quiero que me disculpes —dice una voz un tanto angustiada—. No pude llegar, tuve una fuerte discusión con Rodrigo. Me siento muy mal y no quiero que me veas así.

—¡Ay hijita!, lo siento mucho, ¿estás bien? —cuestiona don Esteban muy preocupado.

—Sí papá, no te preocupes. Martín me llamó, no pudo volar a México. Se presentó algo importante en la empresa donde labora. Te enviará un regalo por paquetería y te hablará en cuanto pueda.

—Está bien Paulina, comprendo.

—Te voy a pasar a Laurita para que te salude.

A don Esteban se le iluminan sus ojitos, al escuchar una dulce vozcita que le habla desde el otro lado del auricular.

—¡Abuelito!, soy yo, Laurita. Quiero que sepas que te quiero con todo mi corazón, que deseo que estés muy bien, que cumplas muchos años más y

que diosito te bendiga mucho. Te voy a cantar las mañanitas:

“Estas soon las mañaniiiitas,
que cantaaaaba el rey Daviiiiiid.
Hoy por seeeer día de tu santo,
Te las cantaaamos asiinii.

Despierta mi bien despierta,
Mira queee ya amanecióoooo,
Ya los paaaajarillos cantan,
La luna yaaa seee metiooooo.

Que liinda está la mañaana
en que veeengo a saaaludarteee.
Veniiimos todos con guuusto
Y placer a felicitaarteeee.

El díia en que tu naciisteee
Nacieron todaaas las floooreees.
En la pila del bautiismo
cantaron los ruiseñoreees.

Ya vieeene amaaanecieeendo,
Ya la luz del día nos dióooo.

Levantate deee mañaana

Mira que ya amaaaneciooo.

Tan tan..."

—¡Gracias hijita!, cantas como los ángeles—decía Esteban mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

La llamada concluyó, el hombre se limpió las lágrimas con un klinex por debajo de sus anteojos. Caminó rumbo a su recámara. Hoy dormiría más temprano que de costumbre, acompañado de sus recuerdos y de las palabras de aliento de Laurita. Guardaba la esperanza de poder volver a ver a su familia el siguiente año, si Dios le prestaba vida.